

Voz y semilla de Ismael Merlo

Centro Virtual Cervantes, Joan Ripollès Iranzo (17/07/2013)

El otoño estaba a punto de convertirse en invierno y los muertos vivían. Ese era el milagro absurdo que habían traído consigo las cámaras y los cátodos: los muertos vivían y se le metían a uno en casa después de la cena. Ismael Merlo había muerto hacía dos meses, de un mal del corazón, en el baño de su casa, pero yo lo veía entrar y salir de la mía, vestido con el mono azul de mecánico de la Citroën, tocando la gaita y lanzando proclamas comunistas.

Era el padre de Ninette —una Victoria Vera calentita y picantona que me horneaba las noches en el piso de arriba de mi litera adolescente—, un exiliado asturiano, concienciado y puntilloso, que decía más verdades de las que el humor de Mihura y Gustavo Pérez Puig habían previsto. Un personaje modesto para un actor de raza que, a pesar de haber encadenado numerosos éxitos en el ámbito de la comedia burguesa, se había definido a sí mismo como «un liberal tirando a rojo».¹ Un cómico que a mí me entró primero por la voz —grave, honda, contundente— y luego a través de un físico que insinuaba brusquedad donde, en realidad, se resguardaba el genio vivaz de uno de los bromistas más temidos y celebrados de nuestra escena.

Cuando me detuve a observarle por primera vez, sus cenizas surcaban ya las aguas de la costa levantina, cerca de la Valencia que le había visto nacer en septiembre de 1918 y en cuyos teatros empezó a hacerse notar a la edad de doce años. Hijo de los actores Amparo Piquer y Abelardo Merlo, jamás separaría su vida de los escenarios. Se desposó con dos actrices, María Luisa Colomina y Vicky Lagos —perteneciente al linaje de las hermanas Goyanes—, sus primeros padrinos de boda fueron Isabel Garcés y Jacinto Benavente, su familia se fundió con otra saga de artistas cuando su hija, María Luisa, se casó con el actor Carlos Larrañaga, matrimonio que alargaría tamaño venero interpretativo en dos de sus hijos, Amparo Larrañaga y Luis Merlo.

Ismael Merlo había debutado en la espectacular compañía de Enrique Rambal y se fue curtiendo en giras de teatro de repertorio, dejándose los huesos en los fastidiosos asientos de autobuses y trenes regionales. Tras el mal trago de la guerra, que le deja un balazo en el brazo, cosecha sus primeros éxitos en Barcelona. Siempre fiel al teatro, su inmensa carrera permanecerá ligada a sonados y longevos estrenos de obras de dramaturgos como Carlos Llopis o Alfonso Paso, aunque uno de los mayores retos de su carrera lo asumió triunfalmente interpretando la Bernarda Alba de Lorca, en un montaje dirigido por Ángel Facio en 1976.

El cine le había abierto las puertas de la mano de Florián Rey, en *¡Polizón a bordo!* (1941). Por entonces, Merlo es un enérgico galán joven y, durante tres años, enlaza sucesivos rodajes con las grandes estrellas femeninas de la posguerra: Conchita Montenegro, Antoñita Colomé, Josita Hernán... Pero no se siente a gusto en los envarados argumentos de las películas de la época y prefiere dedicarse al teatro.

En la década de los cincuenta sólo rodará cuatro largometrajes, pero, en los sesenta se prodigará mucho más, tanto en el cine como en la recién inaugurada televisión pública. Sólo durante el primer lustro participa en veintiséis producciones cinematográficas y más de una decena de espacios televisivos. Si los teleteatros le confirman como uno de

los principales talentos interpretativos del país, el cine y las series le brindarán casi siempre papeles de reparto que siempre sabrá exprimir, por escasa que sea su esencia.

Curiosamente, se topa dos veces, por similares motivos, con la flagrante estulticia de la censura gubernamental. La primera en 1962, al dirigir e interpretar la comedia *Vivir es formidable*, de Alfonso Paso, en la que no se permite que el personaje interpretado por Carlos Larrañaga acaricie un conejito —símbolo de la felicidad en Escocia— cada vez que su esposa elude el encuentro amoroso. Tres años después, el daño es colateral, como actor de *La caza* (1965), de Carlos Saura, que los censores prohíben titular *La caza del conejo*, considerando en ambos casos que dicho animal representa el sexo femenino.

El actor no deja de trabajar, con compañía propia o ajena, ni siquiera cuando la enfermedad se lo pone más difícil. Casi la mitad de su trabajo para la pequeña y gran pantalla lo lleva a cabo durante los últimos quince años de su vida. Allí encontramos piezas tan arriesgadas como la adaptación de *Flor de Santidad* (1973) dirigida por Marsillach, *La semana del asesino* (1973), de Eloy de la Iglesia, o *Furtivos* (1975), de José Luis Borau; y también emisiones destacadas de Televisión Española como una célebre versión de *Doce hombres sin piedad* (1972), la mencionada adaptación en ocho episodios de *Ninette y un señor de Murcia* —rodada en 1983 y estrenada en otoño del año siguiente— o *Goya*, serie biográfica que no llegaría a emitirse hasta 1985, en la que hace una breve aparición como padre del pintor, cerrando con ella su carrera ante las cámaras.

Ismael Merlo respeta hasta tal punto su trabajo que nunca deja de interpretar su última obra en cartel —*Diálogo secreto*, de Buero Vallejo— y fallece el lunes 11 de septiembre de 1984, día de descanso, en su propia casa, una vivienda humilde que, como hizo notar Manuel Román, crítico y biógrafo, no se correspondía con la categoría de un actor que había dado tanto a nuestra cultura escénica. Pero eso, por desgracia, es algo que se repite con excesiva frecuencia en nuestra tierra.